

Cuento 2014

1er. Lugar

Obra: La Semilla

Autor: Juan Luis Almaguer Vázquez

Seudónimo: El Caballero Trashumante

Municipio: Mante

## “LA SEMILLA”

Por: El Caballero Trashumante

“El edificio escolar luce ávido de bullicio, en sus venas le falta circulación al extremo, la sangre no ha llegado, las tardes frías lo enmudecen aún más.

Las hojas de los árboles yacen en sus patios, espacios que reflejan el transcurrir de los años en su añeja piel.

Al llegar la noche se recrudece la necesidad de voces hacia el interior.

El invierno cruel solo le recuerda su soledad...su falta de vida”.

Anita, se dispone a apagar el viejo despertador de su memoria, inicia un día más de labores desde muy temprano, un buen baño y una taza de café son parte de la rutina antes de partir, su trabajo como maestra de primaria casi llega a su final con la anhelada jubilación, después quien sabe lo que vendrá. Por lo pronto se dispone a abandonar su casa de interés social, situada en una de las colonias populares de la periferia; ya casi termina de pagarla, y su sueldo no ha sido lo suficiente para poder comprarse un vehículo aunque sea de segunda mano, para trasladarse con mayor rapidez, la situación económica del país y sus potestades corruptas son algunas de las posibles causas anexas, sé dice para sus adentros y por lo cual no ha sido viable; aborda la ruta que diariamente la lleva hasta la institución educativa, a no pocas cuadras de ahí.

La mañana luce fresca y se cuela a través de la ventanilla del automóvil de ruta; los rayos solares se filtran entre la arboleda, que hace un efecto de atleta gigante que corre a la par de la velocidad del automotor.

Los primeros mercados hacen su triunfal aparición en las cuadras; es común ver en las esquinas, los desvencijados puestos de comida temprana, en cuyas mesas ya corren las órdenes de reponedores jugos frutales, así como de antojitos propios de la hora matinal. Caballeros encorbatados sostienen su plato, mientras su maletín descansa en el piso a la par de un par de canes que buscan las sobras de los apurados comensales, cuya avidez por llevar algo a la boca, los retiene en ese peregrinar a sus encargos.

El tráfico es intenso y obliga a ir con cautela, sobre todo, atravesar el ombligo de la ciudad toma su tiempo, máxime que a tales horas todos buscan llegar a su destino y a la brevedad. En los semáforos vestidos de rojo es común encontrar a los infaltables voceadores de periódico que siembran el pánico con noticias siniestras acontecidas durante las últimas horas, mientras la ciudad dormía y tomaba el obligado descanso.

Por la avenida se puede observar que los diversos negocios abren con suma lentitud las cortinas de sus aparadores, mientras los empleados, apostados a las afueras, lucen sus coloridos uniformes en espera del inicio de otra jornada laboral, en busca de la supervivencia diaria, el tener un empleo que dirija su destino, ignorando el tiempo que este pueda durar, pero que permita dar una bocanada al gran pastel urbano.

Cientos de coches transitan al lado del vehículo de ruta, miles de mentes, cientos de disfraces para el circo de la vida, estrujantes destinos que buscan encontrarse, rugientes motores que le dan sentido a la ciudad, una urbe que apenas despierta del letargo nocturno.

Los restos de la noche se esparcen a lo largo de las diagonales, en cada esquina, cada recoveco, cada pedazo de acero, vistoso concreto que guarda secretos en cada centímetro de su agrietada piel. Urbanismo folclórico que invita a voltear los ojos en sus alrededores, en las estampas que descomponen las distancias, que asemejan cascadas inimaginables al corte de cada escena, de cada cuadro que es devorada por el kilometraje. Figuras que desaparecen en segundos. Collages de personas que comienzan a invadir los espacios públicos en sus muy personales objetivos de búsqueda.

En lo alto de las alamedas, las aves anuncian el comienzo de un nuevo cambio en el almanaque; los días se agolpan, pasan rápido, veloces, inclementes, reflejándose todo ello en el rostro de cada persona, de cada lugar, en cada corazón que nace al alba, mientras otros tantos dejaron de latir en cierta esfera del tiempo.

Después de la larga travesía, la profesora Ana llega a las instalaciones escolares enclavadas al sur de la ciudad, el griterío de cientos de niños invade el lugar, lloriqueos a lo lejos mientras algunos infantes se despiden de sus madres, peleas y discusiones entre algunos otros por alguna tontería. Uniformados en parvadas corren presurosos al escuchar el timbre, es la hora de entrada, Anita como siempre comienza su clase de manera puntual, libros por aquí, marcadores por allá, el murmullo de sus alumnos a sus espaldas, componen la escena que solo se modifica con nuevos rostros cada ciclo escolar; métodos de enseñanza que por encargo del señorío hay que cambiar y adoptar; en sí, cosas que hay que seguir aprendiendo con el paso del tiempo, el paso de los compañeros, aquellas reuniones eternas, que de todas maneras dieron su fruto, arrojando buenos amigos, debido a la obligada

convivencia ocasional; pláticas reconfortantes con María, profesora de quinto grado, a la cual siempre le tuvo un cariño especial; no solo amiga, soporte en épocas difíciles de sobrellevar, y una buena confidente a la hora del recreo, cuando disfrutaban de un rico almuerzo que compraban con doña Felipa, a las afueras de la escuela, a quien siempre le pagaban cada que era quincena. Por otro lado, la partida de otros, aquellos que emprendieron la jubilación de la vida con anticipación, pero que de igual manera, sus huellas están impresas en los verdes pizarrones, testigos del acontecer diario de su vida, al arrullo, el vuelo de varias generaciones que ha arropado en su corazón, y que no volverán jamás.

Cada mañana es parecida, el ruido citadino invade la calle como cada día, no es inusual que la gente corra de un lugar a otro, con aquella ambición para que el timbre no tome con enojo su retraso, las manecillas del templo principal junto a la plaza, solo apresuran un poco más los latidos, y la hora de entrada a los diversos salones llega junto con las primeras radiaciones solares; los autos de transporte corren repletos entre los apuros exhalados mediante estridencias emanadas por el resto de los conductores, alguno que otro transeúnte arriesga su vida toreando la velocidad de los corceles de hierro que fluyen raudos a lo largo del concreto.

A pocas metros de ahí, Don Raúl, sin el más mínimo reparo, escoba y paño en mano, limpia los vitrales de la oficina principal, la dirección deberá lucir renovada cada mañana, quiere mucho a la institución en la cual es empleado desde hace veintinueve años, tarea nada fácil, ya que siempre se ha desempeñado de intendente, estando ya cerca de su retiro obligado.

Lo anterior pasa a segundo término si se toma en cuenta que el esfuerzo que desarrolla es el mismo que al principio de su actividad, por ello, más de uno de los empleados de la escuela, le guardan un sentimiento de aprecio.

Los padres de familia hacen su arribo para la solución de diversos asuntos ante los relucientes escritorios y transparentes ventanillas. Oficios provienen de un rincón, firmas diversas de otro más, es la línea que compone cada día en esta dependencia.

El sonido del teléfono no para de sonar, la llegada de faxes invade los oídos con su característico ruido. En la oficina principal, quien actúa como mandamás y se disfraza de un traje oscuro cada día, solo pide montones de carpetas, además del infaltable tazón de café matutino para adornar el ambiente en su reluciente pero antigua oficina, el aroma característico de la bebida eleva su ego por los cielos y desde ahí observa frunciendo su entrecejo a sus uniformados subalternos. Le satisface ampliamente el dar órdenes a diestra y siniestra, a sabiendas que algunas veces lo hace solo por autocomplacencia.

Un viejo radio hace más placentera la estadía a propios y extraños, aunque los ahí atados, solo se enredan en la invisible maraña de tedio que arrastran cada jornada, haciendo más abrumador el lejano camino a su jubilación.

Monótonas bromas salen a relucir de vez en cuando y hacen brillar sonrisas fingidas que buscan apretar las manecillas del reloj para que arribe pronto el mediodía; deshojan el calendario al mismo tiempo que los cuerpos se descaman e invaden con sus restos el cuarteado piso color crema.

El altero de papeles solo recuerda la polución de los bosques ante la inminente e inacabable tala de árboles, dejando solo su recuerdo entre esqueletos caídos.

Ciertamente, siendo muy común que tanta hojuela con datos oficiales, vayan sin menoscabo alguno al basurero municipal, teniendo una corta y efímera vida útil.

La mañana corre veloz en los segunderos del tictac, matemáticas y llega la anhelada hora del recreo. El timbre indica que es la hora del almuerzo, los niños corren por doquier, atiborran la cooperativa que es atendida por Jacinto, profesor de tercer año, dulces, refrescos, galletas vuelan entre pequeñas manos. Los tacos, tortas y tamales componen parte del extenso menú para el estudiantado en los diferentes puestos que hay en el amplio patio. Los aromas se entremezclan para crear un festival de olores en el aire.

Las maestras de los distintos grados, suelen guarecerse en sus propios salones para reponer fuerzas en su agotadora jornada, un buen refrigerio será suficiente para seguir entrelazando caminos entre la historia pasada y la actual, cruzando fronteras, seguir soñando despiertos, en esa gran travesía que retoman cada día de la semana. Es la hora del reflejo de cada persona, de cada vida, del acontecer en cada hogar, en su vida personal, quienes son en realidad; después de todo, largos años unen sus caminos.

El silencio, las alegrías, las tristezas, son compartidas frente a una deliciosa taza de café o un vaso de agua de jamaica, que en gran manera ayudan a pasar el bocado, ayudan a sobrellevar la existencia dentro del mismo lugar; las vidas pasan, los años siguen curtiendo esas frentes que deambulan en el diario porvenir.

La sombra cambia de lugar a cada momento, el silencio de los pasillos contrasta con las voces entrecortadas a través de las paredes de cada salón. Los bebederos escurren la fina agua que es desperdiciada a lo largo de la banquetta.

Al término de la jornada en cada departamento, todo es una prisa personal, la hora tardía de la comida, no nace hacer otra cosa más que el deseo de estar en casa. Cada quien recoge sus objetos y emprende la obligada retirada, el anhelado escape a su posición actual.

Don Raúl, acompañado de las notas musicales de un viejo radio de transistores, se dispone a levantar los montones de basura apiñados al interior de los cestos, que rebosantes yacen entre los oscuros rincones y que solo confirman la inutilidad del uso de cientos de hojas. Restos de comida y una que otra golosina sin terminar completan el abigarrado tonelaje que levanta cada día y que deposita en el contenedor que se encuentra en el exterior de la antigua escuela, a un costado de los jardines que circundan el edificio.

Su natural buen humor, le ha servido como un remedio medicinal para soportar la loza de los años y el tedio que emana de la tarea diaria, gris, monótona e infatigable, lo que representa cada día, cada deseo, cada renuevo de aire que sostiene el alma en vilo y que lo lleva a través de los cristales limpios de la vitrina de la vida.

Treinta años separan el principio del final, cada uno de los asalariados, carga ante sus espaldas las monótonas responsabilidades que componen su grisácea labor, no hay cambios, no hay salida, no hay color...sin embargo hay una voz interior que alarga los años para sobrevivir en medio del caos de las almas que rodean al immaculado sentimiento que jamás morirá.

Tardes sombrías que en algún momento de la existencia retumbaron en los oídos para no hacerse nunca olvidar. El aire no es el mismo, nada sabe igual, las cosas parecen no tener sentido y tu voz, ya no regresara.



Amanecer después de una tormenta interminable que aún no cesa, las avenidas parecen ríos de color púrpura que acompañan la nublada sabana que cobija a los mortales; ciertamente, la gente corre con sus características prisas en los alrededores, algunos otros se arremolinan en los puestos de alimentos del mediodía. Algunas otras personas hojean el periódico para enterarse de la banalidad de la vida y la estupidez de otros cuantos. El oxígeno da señales que en pocas lunas se agotará, la lluvia solo asemeja lágrimas que vacían los ojos. El frío de la piel desgarrar el alma entre los susurros que el viento emite en una tarde invernal. La respiración nunca más fue la misma. Sentir que la vida se te rinde y se escapa de tus manos. No decir nada, será mejor así. Tú lo sabías desde aquel instante previo a tu salida de la alcoba...nunca más volviste. Y anunciaste tu llegada al otro reino al cesar la lluvia.

Ahora solo te escucho andar como cualquier otro día normal, mover tus cosas como de costumbre, el movimiento de unas ramas, la caída de algún objeto, y tus pasos que anuncian tu llegada. Tu presencia se transmina en un fuerte olor a gladiolas, el cual invade por completo tu habitación.

Tus mensajes no dejan de llegar, tan solo circulas por medio del vuelo de las aves que se guardan en su refugio al palpitar del rugido de la noche. Asimismo te reflejas en el grito de la mañana que me da fuerzas para seguir, a pesar de que las palabras me faltan y las fuerzas me abandonan en una tregua que hace este incierto corazón.

Anita busca desesperadamente el escape a la extinción final en este oscuro camino, ya son varios los años en que esta terminal enfermedad le agotan los huesos y la dejan sin dormir. Sería mejor morir. Recuerda con suma tristeza los momentos amenos que le regalo sin contemplaciones la vida.

Todo era normal, una jornada más en la escuela primaria de la localidad, el trato amable siempre la caracterizaba en la atención, sobre todo con las personas de edad avanzada, por ello la estima que se ganaba ante los demás. Cada día acudía a su trabajo sin la menor señal de agotamiento o cansancio mental. Los días transcurrían con suma calma, las cosas en familia no podían ser mejor, tomando en cuenta dos hijos adolescentes que se la pasaban peleando, pero sin provocar mayores inconvenientes, situaciones que tal vez crecían por la falta de una figura de padre en la familia. Anita se había divorciado varios años atrás, las diferencias con Abelardo, de quién se enamoró a muy corta edad, eran ya irreconciliables, por lo cual cortaron por lo sano.

Por las tardes era de sumo placer salir a caminar en compañía de “pelusso”, veterano perro que había crecido a la par de sus hijos. La brisa de la tarde servía de confort para tener algo de relajación al finalizar el día. La plazoleta semiabandonada de la colonia servía como un refugio para retomar fuerzas, para limpiarse el lastre de cada día, para volver a vestir el uniforme que la vida otorgo. Antes que los primeros destellos de la noche cayeran sobre aquella colonia de burócratas, ya pensaba en los preparativos de la cena, siempre procuraba la mejor atención para sus vástagos. Ante ello siempre pasaba a la tiendita de la esquina por los aditamentos faltantes en la mesa familiar. Había que dormir temprano, ya que las actividades de todos los integrantes, comenzaban desde las cinco de la mañana, los chicos a la escuela, y ella con su particular sentido de servicio, acudía de manera puntual a su ocupación diaria.

El silbido del aire se colaba en aquella fría oscuridad, las ramas de los arboles no dejaban de hacer contacto con los cables sostenidos por sendos pilotes a lo largo de la calle principal, intermitentes coches hacen su arribo por las cocheras vecinas. Los perros no dejaban de ladrar, ante el aullido tenebroso de uno de estos, que solo emitía lastimosos sonidos entre arbustos gigantes en contra esquina del solar baldío. Trasnochadas aves pasaban por las alturas en busca del resguardo perfecto. La intranquilidad estaba latente a decir de los alborotos demostrados en los animales. Todo sucedió muy rápido, en horas de la perturbada madrugada, equinos salvajes extrañamente corrieron desde las vecinas caballerizas ante el rompimiento de un candado, sin rumbo fijo se perdieron asustados por los quejidos de aquel canino; un mal sueño, al abrir los ojos, en cuestión de segundos, momentos perdidos para Ana, solo despertó en una fría cama de hospital, dispuesta, pero sin atinar a decir una sola palabra, se sentía impotente por causas desconocidas. Los médicos iban y venían, entre el tráfico de enfermeras que cargaban instrumentales extraños y soluciones estériles.

Imborrables resultaron las imágenes que guardo durante el transcurso de los primeros días en aquel hospital de zona, el dolor era intenso en todas sus extremidades, pero no menos era todo lo que observo a su alrededor.

Desde la helada cama, entre sabanas rotas y a media luz, el dolor ajeno era más que intenso, recuerda el sufrimiento de los demás pacientes, así como el punto final de la vida de muchos otros, cuyos cuerpos quedaron anegados entre el fango de la miseria del hospital y la corrupción que había ya carcomido sus entrañas, para ver a la gente morir.

El murmullo de las madrugadas, no era otra cosa que el ánimo que algunos familiares inyectaban a sus enfermos. Huellas que se oían dejar caer por el pasillo, sobresaltaban la calma de la enorme sala, improvisada como cuartos de clínica.

Las ventanas solo servían como espejos del sufrimiento personal, una tenía vista a un pequeño jardín maltratado, pero transpiraba la vida normal que sucedía al exterior.

Siempre resultaron estancias caóticas en medio de fuertes emanaciones de antibióticos; el probar comida había perdido todo sabor, ahí el hambre no existía, solo era malcomer por ordenes médicas. Pócimas de pollo, aguas de sabores y gelatinas de colores, eran un menú nada apetecible.

Los gritos de los compañeros de cuarto era una costumbre noche y día, pero más común en las altas horas, donde el sueño se confundía entre pesadillas que nadie quisiera recordar.

Fueron varios años de inesperados hechos. El diagnóstico nunca variaba, la gravedad se mantenía inmóvil por causas aún sin definir. La extraña enfermedad había invadido por completo el cuerpo de Anita. Siempre resultaba complicado abrazar alguna esperanza, ello se traducía en no probar ya alimento, el apetito fue cediendo; denostaba las aplicaciones vanas de medicinas que solo aminoraban su dolor.

Pero había que sobreponer la existencia ante lo incierto de la caída al barranco, siempre es bueno pensar en lo inseguro de lo que tenemos, a lo seguro que es el no retorno, por ello, dejar traslucir los colores del paisaje que nos conforma , obliga a dar esos pasos requeridos, que te hacen devolver algo de luz al interior de cada ser.

Cada momento muere, cada palabra decae, cada presencia viene y va, se abre el final, soy menos, soy más, si no vienes, si no compartes, presencia incolora.

Cada momento es para extrañar, flotar en el espacio, correr sin respiro, no hay más, comienza a faltar el aire, cada tregua, cada latido, en la cara, en ti.

Con la mirada se despide el momento, se trastocan los pedazos donde hay armonía y lazos distintos, no duele tanto que las alas se cierren inesperadamente, a alguien cercano, tal vez la línea sigue en algún lugar fuera de la constelación.

Acercarse de pronto a una gran puerta, llena de luz, contrastes en color oro, que todo corre de prisa, pareciendo que nos dirigimos a una gran ceremonia.

Así todo se abandona al vacío de la nada, ya todo se vuelve color gris, casi blanco, solo se deja morir entregando el amor a la suprema creación.

Hablar de la ausencia, de la falta de que está presente un cuerpo, del recuerdo de sus sombras, del rastro que se deja en algún lugar, lo que sucedió hace mucho tiempo sin poder regresarlo ni repetirlo jamás. La sensación que experimentas cuando te recorre una helada corriente por la piel. El frío que provoca el vacío, las huellas que dejaron tus pies en su recorrido sobre la arena.

Uno a uno los recuerdos fueron agolpándose en la mente de la sexagenaria profesora; aquellos dulces días que han filtrado sus años en el conducto de la vida, se hacen cada vez más presentes, más tenues a la vez, más lánguidos y se desvanecen lentamente en la distancia.

Cientos de rostros, tal vez miles, que han viajado a través de las generaciones que han estado a su lado, en sus manos, en su recorrido...en su corazón; ahora tan lejanos, tan mutantes, tan ajenos en algún recóndito universo paralelo. Tantas formas

de pensar, de sentir, de plasmar, de retorcer la vida con exclamaciones ensordecedoras, en esa búsqueda frenética, pero a la vez espontánea de gritar que estamos vivos, conocer los nuevos horizontes, los reales conocimientos...todo de la mano de alguien que ofrenda su vida en el paralelismo de la imaginación humana, de la divertida sonrisa del olvido, del desencanto, de lo grisáceo, del no ser, del dejar a un lado tantos caminos conocidos y quizá mayormente gratificantes, en aras del descubrimiento en conjunto, del tallado de la piedra más valiosa, el ave dispuesta a partir, a soñar...a vivir.

Los años pasaron al igual que las huellas fueron borradas de los rumbos andados. Diversos escenarios, sonrisas contraídas en algún festejo olvidado. Paredes socavadas por la nostalgia derramada. Tardes incoloras que brillaban ante el miedo de la noche, no eran más que el acompañante de los remansos que ambos seres en la distancia, realizaban en algunos momentos, no olvidando que en cualquier instante la convicción fuera recompensada entre el tiempo y el futuro, regalando una nueva oportunidad divina para el encuentro de la dicha mortal.

Incierto camino que me conduce una y otra vez hacia el mismo lugar, indiferencia incontrolada que me saca de este mundo, mis pasos dan vueltas entre sombras que me persiguen y no me dejan descansar, mil horas se transfiguran en el traspasado de la memoria, añeja evocación que me dicta hasta la inconsciencia la adicción fortuita de las venas que confluyen a ese loco corazón. Lealtad guardada a través de la alborada en un soplo de impavidez que me mantiene despierto y expectante ante tu aroma que se filtra entre voces provenientes de los enramajes a la orilla del estanque; momentos salidos de perturbadores sueños que me guían hacia tu figura trastocada

entre la altivez lunar, para despertar entre el frío escalofrío de tu partida, y sin embargo ahí surges, desafiante entre las vueltas al precipicio, en la rotonda milenaria del corazón profano, la fuerza de tu mirada no me deja olvidar.

Largas madrugadas, eternos atardeceres, llenan la memoria, ya son varios años los que ha pasado a lado del resplandor matutino, hijos, nietos y demás familiares han desfilado a su lado en el trazado de la vida. Anita recuerda con añoranza el inicio de la relación con su pareja, lo cual ha sido un círculo inquebrantable a pesar de los vaivenes del corazón, siempre es grato saber que el amor nunca se fue, solo se borro de la faz terrenal.

Ilusión que mueres al final del día, lucharé porqué entre sueños regreses y a la salida del alba mejores y consueles mis penas.

Las instalaciones de la escuela primaria lucen ostentosas, el conserje da los últimos toques para dar una mejor apariencia, ilusoria, de ayuda desinteresada. Miles de trajeados dependientes de la ubre en la regencia arriban puntualmente buscando prontamente las oficinas climatizadas, agradeciendo por la buena fortuna de su empleo, algunos pendientes son postergados para más tarde, lo importante son las noticias del día y que mejor que una taza de café caliente con unas galletas de buena marca, mientras se encuentran a la espera del acto oficial, la institución es fiel huésped de personalidades educativas y municipales que pondrán la primer piedra para la edificación de la necesaria sala de computación, con su debido equipamiento, en bienestar de cientos de niños oriundos de esta popular zona de la ciudad.

Frente al suntuoso edificio, dentro de las instalaciones del mismo centro instructivo se ve a lo lejos un puñado de hombres que también comienzan las labores de un naciente día, la diferencia es que el estado de ánimo no es el mismo, prueba de ello es Don Alberto, quien llega puntual para levantar la obra negra, su demacrado rostro refleja un mal sueño de la noche anterior, su trabajo en la construcción es indispensable no solo para sobrevivir, sino además para las medicinas que ocupa Antonio, su único hijo que veinte años atrás procreo con Armandita; hoy tristemente padece una enfermedad degenerativa que lo mantiene postrado desde su hace años en una silla de ruedas.

Los días felices quedaron enterrados, pero el cariño por su único hijo, en lugar de dividirlos, los ha unido aún en medio de las inclemencias de la vida, mostrando coraje y decisión a través de los años de lucha.

Cada día las cosas están peor, y la economía hace mucho que dejó de ser prioridad, subsistir pobremente es otra de las fortalezas que le han multiplicado sobreesfuerzos; a sus 62 años, no es fácil tal estado, sin embargo, al igual que su señora, reciben pequeños apoyos de sus vecinos, los cuales consisten en medicinas y perecederos no caducados, algo han de auxiliar. No han cejado en su intento por recibir alguna asistencia de la atribución correspondiente en estos casos, el favor ha sido mínimo, y las medicinas no siempre se consiguen, agravando aún más las condiciones correspondientes.

Las callosas manos de Don Alberto son el único instrumento de labor, por el cual ya no corren sueños ni ilusiones de progreso en medio de una situación tan adversa, la prioridad principal es comer lo necesario y su esperanza mayor compartida en



familia: alargar la vida de su primogénito. Las lágrimas que se han secado a lo largo de los años, ya se niegan a salir de los áridos ojos que no han sido invadidos más que por tristeza, la cual permea y sacude la vida del afligido matrimonio.

Por lo pronto, junto con el equipo de trabajo, comienzan el camino en su tarea de levantar una nueva aula, obra recién inaugurada por las autoridades correspondientes, quienes ya partieron de la institución, en su busca de otras actividades y no perderse las fotos oficiales.

Afuera, la gran metrópoli aúlla dentro de sí, los nuevos aires que inundan las calles, se combinan con los aromas que emanan de la periferia urbana que sufre los estragos de las lluvias del mes de julio, los drenes colapsados representan el paisaje típico, enmarcados por las transitadas avenidas, bellos boulevards, sombreados por encantadoras palmeras, las plazas cercanas, lucen esos antiguos azulejos multicolores, a la par del desafiante óxido impregnado en los juegos infantiles.

Vientos de cambio corren por la azufrosa ciudad, el primer mundo se refleja en edificios adoquinados, que elevan la realidad y hacen flotar las miradas...

Los ojos de Anita despiertan levemente y la hacen regresar de sus empolvados recuerdos, en lugar de la claridad del ruido escolar resuena el último diagnóstico médico, y agridulces gotas buscan los surcos de sus mejillas, pocas intervalos o minutos, será lo que el creador decida, pero tiene muy clara su partida terrenal, después de todo, se imagina que en pocos instantes solo estará rodeada de sus contados familiares, sus hijos que se encuentran en la sala de espera destrozados y de su pequeño círculo de compañeras de profesión que a pesar de siete años de

jubilación, todavía la frecuentaban en sus últimos alborotos de vida, de deslumbrante soledad, a lo largo de sus charlas placeras, o en sus últimas pláticas de café con leche condensada; ve su última morada de madera, la que sea, ya le da igual, y el olor a flores solo la acerca a sus padres que algún día ya lejano partieron de su lado, solo espera con inusitada ansiedad que el brillo de luz la eleve finalmente: es hora de abrir las ventanas, que entre el fresco de la noche, proveniente de algún lugar sagrado, enmarcado por las estrellas, las aves huyen de las tierras heladas, esta noche dormirán en algún árbol joven, cargado de hojas verdes y mañana continuarán su viaje ayudadas por las alas celestiales, llevando como único equipaje el último soplo de vida.

Cada momento muere, cada palabra decae, cada presencia viene, ¿qué significa?, ¿abres el final?, cada momento muere...soy menos, si no vienes, si no compartes; presencia más clara que el sol, cada momento es un espacio, corre sin ti, aún el último respiro, me falta, sin ti es intenso, cada respiro, cada latido...tu cuerpo, pronto sembrara la tierra.

**FIN**